

Revista de Endocrinología y Nutrición

Volumen 11
Volume

Número 2
Number

Abril-Junio 2003
April-June

Artículo:

Doctor Félix Héctor Jácome López

Derechos reservados, Copyright © 2003:
Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología, AC

**Otras secciones de
este sitio:**

- 👉 [Índice de este número](#)
- 👉 [Más revistas](#)
- 👉 [Búsqueda](#)

***Others sections in
this web site:***

- 👉 [Contents of this number](#)
- 👉 [More journals](#)
- 👉 [Search](#)



In memoriam

Doctor Félix Héctor Jácome López

Cempoala entristeció...

"La evolución y la inmortalidad, son conceptos incompatibles. Si los organismos deben mejorarse y renovarse todos los años, la muerte es un fenómeno tan necesario como la reproducción"

*MacFarlane Burnet
Premio Nobel de Medicina 1960*

Aquella mañana, recorrer los cuarenta y cinco kilómetros que separan la ciudad y puerto de Veracruz del poblado de Cempoala, tuvieron un significado diferente.

Ambos lados de la carretera, nos mostraban los cambios propios de una primavera temprana. Los robles se vestían de rosa. En los corpulentos árboles de mango, la deliciosa fruta pendía libremente, mientras crecía y maduraba.

La vista se perdía displicente allende los enormes sembradíos de caña de azúcar, plantada en diferentes momentos y fechas: aquí los brotes verdes y jugosos recién se asomaban entre los surcos, a ras de la tierra, un poco más allá... algunas matas esbeltas y vivaces, disfrutaban su plena adolescencia... mientras que en otros sitios, se vivían los tiempos de la zafra y entonces, podíamos ver a las largas cañas, parcialmente chamuscadas y que, luego de ser cortadas, se trasladaban en enormes camiones de batea hasta el trapiche: sitio de la molienda y la elaboración del delicioso polvo blanco que conocemos como azúcar...

Finalmente llegamos a Cempoala. El motivo del viaje en esta ocasión no era placentero. Era sombrío y triste. Acompañaríamos a un querido amigo hasta su última morada... ahí, donde quizá él eligió nacer y dormir... Nuestro amigo era el Dr. Félix Héctor Jácome López.

Cempoala deriva del nahua y significa "lugar de veinte"... ¿veinte caídas de agua?, ¿veinte actividades comerciales?, ¿realizadas éstas, cada veinte días? o bien ¿los veinte pueblos que integraban el señorío de la gran urbe?

Conocí Cempoala siendo muy pequeña. Fue durante una de esas agradables excursiones familiares de domingo que tanto disfrutamos. Lentamente, emergían en

tre la neblina del ayer distante aquella soleada tarde de verano. El ahora extinto arqueólogo D. José García Payón, trabajaba en la investigación del "Proyecto Cempoala". Siendo buen amigo de mi padre, amablemente abandonó su apasionante labor y nos brindó una charla deliciosa, que más que una historia verdadera, a mis escasos años y poseedora de una imaginación volátil, la transformé en maravillosa leyenda precolombina.

Con el paso del tiempo acudíamos a la zona con cierta frecuencia, sobre todo cuando queríamos "presumir" a nuestros amigos visitantes, esas maravillas prehispánicas que tanto nos enriquecen... que nos recuerdan lo orgulloso que debemos estar de las raíces indígenas que duermen entre el polvo, el olvido, o la exuberante vegetación tropical que nos rodea.

Pero visitar Cempoala con Héctor Jácome, era otra cosa. A sus conocimientos profundos sobre el mundo del Totonacapan, se unía un amor auténtico y profundo, matizado por su inagotable buen humor. Todos en el grupo, en el grupo que fuera, disfrutábamos por igual el recorrido por la vieja ciudad amurallada y el alegre parloteo de Héctor... y sus innumerables y pícaros cuentos.

Héctor heredó la pasión por la historia del pueblo Totonaca, el pueblo de los "tres corazones" de su padre el Dr. Artemio Jácome, quien al correr de los años llegó a reunir entre otras muchas piezas arqueológicas, la colección más grande de sellos totonacas. El Dr. Jácome la conservaba en "custodia", obviamente que con la autorización del INAH. Así que aparentemente siendo una propiedad "privada", pertenecía al pueblo por igual... a ese pueblo descendiente y heredero de la grandeza indígena. Ambos, padre e hijo, soñaron con tener un museo de sitio, dada la enorme riqueza arqueológica de la zona, pero fue un sueño que jamás cristalizó.

Aun cuando los que podíamos considerarnos como sus amigos, veíamos poco a poco su deterioro físico, ocasionado por el imparable transcurrir de Cronos, inconscientemente lo negábamos como negamos siempre todo aquello que nos molesta, que nos incomoda... que nos negamos aceptar. Su muerte fue súbita, como la voz ron-

ca de Tajín... como tal vez él lo deseaba... Aún ahora, no lo concibo en la cama de un hospital, o en una silla de ruedas. No. Eso no era para él...

En esta ocasión su casa lucía diferente. La envolvía un sentimiento de nostalgia... el olor mezclado de flor agonizante y cera que arde y se consume... A la hora señalada, el féretro salió rumbo a su destino final, no sin antes detenerse en la iglesia, donde se le brindó una misa de cuerpo presente... Las campanas doblaban, doblaban con lúgubre acento y sus notas graves, parecían repetir algunas palabras del poeta mexicano Amado Nervo quien un día escribió:

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
Porque nunca me diste ni esperanza fallida,
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida...

Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

El cortejo partió hacia el cementerio... Sin embargo, no acompañamos el cuerpo hasta esa su última morada... En lo personal, me fue imposible concebirlo prisionero... restringido... soportando kilos y kilos de tierra, por más que él la amara. Nos dirigimos en cambio, a la zona arqueológica... Ahí, dentro del perímetro amurallado y fuera de él, creí verlo de niño escudriñando "tepalcates totonacas" en las entrañas de su tierra... Creí escuchar su voz emocionada cuando declamaba entre muchas otras poesías "Cobardía" o "Reír llorando"... Sentí oír su risa sin restricciones... Ahí en ese silencio apenas roto por las pequeñas voces de grillos y cigarras, o por el juego incesante de la brisa y las palmeras... pensé que era el mejor sitio para decirle no un adiós, sino un hasta siempre... querido amigo.

Dra. Alicia Dorantes de Gómez